

EL CANON IGNORADO

La escritura de las mujeres
en Europa (s. XIII - XX)

Tiziana Plebani

Ampersand



El canon ignorado
Las escrituras de las mujeres en Europa
(siglos XIII-XX)

Scripta Manent

Colección dirigida por Antonio Castillo Gómez

El canon ignorado
Las escrituras de las mujeres en
Europa (siglos XIII-XX)

Tiziana Plebani

Traducción de María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-
Zavalía

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

Introducción

Agradecimientos

Advertencia

Capítulo 1. Escrituras y textos medievales de las mujeres

Capítulo 2. El largo Renacimiento de las escribientes

Capítulo 3. Escrituras en un mundo transformado: desde la Guerra de los Treinta años hasta finales del siglo XVII

Capítulo 4. El siglo de las Luces

Capítulo 5. Desde el siglo XIX hasta la plena alfabetización, a comienzos del siglo XX

Capítulo 6. A modo de conclusión, con una glosa final

Bibliografía

Plebani, Tiziana

El canon ignorado : las escrituras de las mujeres en Europa, siglos XIII-XX / Tiziana Plebani.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Ampersand, 2022.

Libro digital, EPUB - (Scripta manent / Antonio Castillo Gómez ; 22)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: María Teresa D´Meza ; Rodrigo Molina-Zavalía.

ISBN 978-987-4161-84-0

1. Feminismo. 2. Literatura Feminista. 3. Historia de la Cultura. I. D´Meza, María Teresa, trad. II. Molina-Zavalía, Rodrigo, trad. III. Título. CDD 305.4201

Colección Scripta Manent

Primera edición, Ampersand, 2022

Cavia 2985, 1 piso (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

Título original: *Le scritture delle donne in Europa*

©2019 Carocci editore

©2019 Tiziana Plebani

©2022 de la traducción, María Teresa D´Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

©2022 Esperluette SRL, para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Traducción del italiano: María Teresa D´Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

Corrección: Josefina Vaquero

Diseño de colección y de tapa: Gustavo Wojciechowski

Maquetación: Silvana Ferraro

Primera edición en formato digital: julio de 2022

Versión 1.0

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-4161-84-0

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

UN MAPA, UNA BRÚJULA Y ALGUNOS PUNTOS DE AVISTAMIENTO

Este libro habla de la escritura y asocia esta palabra al género femenino. De partida ya se nos presentan dificultades desde todas partes, puesto que la compaginación entre ambos elementos no es de las más fáciles ni de las más lineales, el terreno se encuentra plagado de obstáculos y, sobre todo, allí alternan destellos de luces y sombras más o menos densas. Se hace necesario, pues, anteponer algunas premisas.

Si no estuviese muy trillado por haber sido empleado en repetidas ocasiones, habría que comenzar reformulando el conocido título de un libro de Raymond Carver: *De qué hablamos cuando hablamos de escritura*. No se asuste quien esto lee. No me mueve la ambición de trazar una historia de la escritura, ni de definir acabadamente el territorio donde esta se inscribe; de ser así debería tomar prestadas algunas consideraciones del diario de Amabile Broz, que encontrarán en el libro, respecto de lo que vivieron ella y los habitantes de un pueblo de un valle de Trentino durante la Primera Guerra Mundial y su explícita renuncia a describir cada cosa porque, como ella misma dijo: “me haría falta un gran libro”. (1)

No obstante, es menester precisar el horizonte de esta investigación y hacer el intento de dar una respuesta a la pregunta implícita en la reformulación del título de Carver.

La escritura es un extenso archipiélago de funciones y prácticas diferenciadas, de usos múltiples, de técnicas y competencias que pueden presentarse de forma elemental, intermedia, experta y profesional. Contempla en sí una vasta gama de posibilidades incluidas entre dos extremos; la simple capacidad de sostener la pluma en la mano, justamente con la presión suficiente que permite trazar un signo o alguna palabra en una hoja, y la redacción de un texto literario. Como alguna vez se ha dicho, la escritura es “el lugar de las diferencias” (2) y por este motivo exhorta a no separar los ámbitos que conviven dentro de ella. Ocuparse de la escritura quiere decir, de hecho, enfocarse en quienes escriben, en sus prácticas concretas y en aquello que les ha dado origen.

Por tanto, he intentado tender un puente o establecer un terreno de encuentro entre las escrituras corrientes y las escrituras literarias, entre las muchas mujeres que tomaron la pluma por necesidad de comunicarse, por exigencias administrativas o para conservar una memoria exclusivamente personal, y aquellas que, en cambio, ambicionaban ser conocidas por un “público” en virtud de sus creaciones, ya fuesen poesías, novelas, ensayos u otros géneros, procurando convertirse en partícipes de la escena literaria. Si las segundas son más conocidas (pero a decir verdad no demasiado), las primeras ya desde fines de la Edad Media dejaron huellas con la pluma de una realidad vivaz y todavía poco conocida en la administración de los bienes familiares o conventuales, en los contextos laborales, en los emprendimientos económicos, en las voluntades testamentarias, en el mantenimiento de relaciones a distancia por medio de la correspondencia: un conjunto de capacidades, actividades y habilidades individuales que

ahora los historiadores definen con la palabra *agency* ('capacidad y voluntad de intervención') (3). Hay, sin embargo, otra buena razón que invita a combinarlas y atañe a la relación de la escritura con la subjetividad, un tema de fondo que recorre este libro. Escribir no es un acto neutro ni siquiera cuando se reduce a apuntar cuentas en un registro. Requiere de introspección, estimula pensamientos, induce a hacer un alto; es, en definitiva, un reflejo de sí. "Un texto autógrafo es siempre, de algún modo, autobiografía", (4) concluye Antonio Gibelli en su investigación acerca de las escrituras de las personas comunes, y no se puede más que darle la razón. Aún más cuando se trata de las mujeres y del desarrollo de una relación estrecha entre su escritura y la confianza en el propio mundo interior que, con el transcurso del tiempo, ha ido en aumento, ya sea por los recorridos del disciplinamiento, o por el involucramiento femenino en las luchas religiosas y en la espiritualidad, o incluso por el confinamiento al ámbito privado.

¿Cómo conectar estos dos conjuntos? Me he apropiado de la teoría de los vasos comunicantes y por tanto me imagino dos recipientes: por un lado, mujeres capaces de emplear la pluma y, por el otro, escritoras, y he intentado reconstruir la dinámica entre ambos contenedores en los distintos períodos históricos, una dinámica que ha conocido momentos alternos, entre la fluidez y los bloqueos energéticos y funcionales.

¿Por qué traer a colación los bloqueos energéticos? Porque el deseo de escribir, de aprender, de atravesar territorios a menudo custodiados por guardianes poco generosos, si se lo estimula puede surgir con más facilidad y espontaneidad. Se dirá que esto, por cierto, no es un secreto y que vale para todos los ámbitos de la existencia.

Precisamente por ello cabe recordarlo: la ambición se abre camino siempre y cuando alguien crea en uno, espere algo de tu inteligencia y te ayude a traspasar las angostas puertas. Es preciso reconocer que tal expectativa se mantuvo más bien lejos del alcance de las muchachas del pasado (y tristemente todavía brilla por su ausencia en varios países del mundo contemporáneo). A cambio ofrecían discreción y moderación, pero desde el comienzo este ha sido un juego amañado.

Alguien podría observar que un libro concerniente a la escritura y que además comienza en la Edad Media, no puede ignorar el aspecto gráfico y paleográfico. Estamos de acuerdo: sin duda no puede subestimarse la historia de las formas y de los estilos gráficos, que inevitablemente constituye una referencia y un parámetro, y va de suyo que el panorama muestra las diferencias de las habilidades en pugna; en este caso, empero, es justamente por aquella compaginación citada en el inicio que he querido renunciar a insistir en esta perspectiva, renunciar a proponer calificaciones, a adentrarme en tipologías, a dividir el mundo en cultos, semicultos, literatos y así sucesivamente, como se ha hecho durante mucho tiempo. ¿Por qué? Porque el género femenino queda mal parado, y así planteada la cuestión, se trata de una clave de lectura poco sensata.

¿Cuál es, en efecto, el relato tradicional que se nos ha transmitido acerca del vínculo entre la escritura y el género femenino? Que las mujeres han sido el componente mayoritario del pueblo de los analfabetos o de los escasamente alfabetizados, de poca y torpe escritura por estar excluidas de un tramo formativo canónico, salvo aquellas pertenecientes a la aristocracia y a los estamentos emergentes de la burguesía urbana (y ni siquiera todas);

una brecha destinada a reducirse de manera sensible solo con el advenimiento de la escolarización masiva de mitad del siglo XIX. La educación femenina ha sido concebida hace ya mucho tiempo desde una óptica meramente “funcional”; también fue así para los hombres de los estamentos humildes, pero con precisas diferencias que nos advierten que tenemos que lidiar con una historia urdida por construcciones culturales sobre las identidades de género. Se quería proveer a las muchachas de los conocimientos suficientes a fin de que fuesen buenas esposas y madres, laboriosas y virtuosas, y para inducirlas a “permanecer” dentro de los moldes de los roles familiares. Máxime a partir de la segunda mitad del siglo XVI, cuando se les exige de modo cada vez más apremiante que cumplan con el rol de eje moral y religioso de la familia, con frecuencia a manera de ofrenda. Todo aquello que traspasaba los límites de estas restrictivas nociones por lo general parecía peligroso, como resultado de la conocida ecuación “poca instrucción = mayor obediencia”; más saberes = más autonomía y deseo de conocer y, en consecuencia, de transgredir. Leer sí, lo justo y necesario como para poder seguir la misa, las liturgias, orar, imitar las virtudes descritas en los libros de las santas; por lo demás, mejor ceñirse a coser, bordar y realizar todo el conjunto de las “labores de las mujeres”. Escribir, sin embargo, era otro asunto.

Así planteada, la historia entre la pluma y el género femenino, signada tan acusadamente por la lucha entre el disciplinamiento y la transgresión, entre las prohibiciones entrecruzadas y los espacios asfixiantes, induce a desalentarse y a rendirse. No obstante, basta mirar un poco más allá para cambiar el paisaje. La historia que cuento ha tomado intencionalmente otra dirección respecto de aquella

que se acaba de resumir, la cual, si bien verdadera, ofrece una narración más bien superficial que además ha asimilado una óptica desde arriba, esto es, aquella que solo piensa que las personas pueden ser manipuladas por las instituciones y por las ideas predominantes, que no les concede recursos, respuestas, *agency*. La historia adquiere en realidad un ritmo muy diferente cuando se la observa desde cerca, cuando se combina con otras sensibilidades y fuentes: mucho más poblada y animada; no es lineal ni sosegada, posee divisiones, divergencias, aperturas y clausuras. Es tierra de conflictos, pero asimismo de alianzas entre hombres y mujeres, de padres que han querido ofrecer instrucción y oportunidades a sus hijas, de pensamientos de intelectuales que han nutrido el crecimiento de las mujeres y de textos femeninos que han iluminado la mente y el corazón del mundo masculino. Es sobre todo una historia que habla de deseos y de ambiciones no siempre contenibles y que valora más la voluntad de escribir que la calidad de la grafía.

MUJERES, ALFABETISMO E HISTORIA DE LA ESCRITURA

Ocuparse de la escritura conduce a tratar inevitablemente con el campo del alfabetismo, uno de cuyos indicadores es la capacidad de escribir, aunque es bueno recordar que no se trata del único. El alfabeto se impuso desde bien temprano como el medio comunicativo por excelencia, mas también aquí es de rigor precisar que no fue así para todos los pueblos de la Tierra. En lo que atañe a nuestro horizonte, Occidente, es oportuno tener en cuenta que la civilización

de la escritura se afirmó plenamente solo a partir de finales del siglo XVI. Han de considerarse por tanto dos elementos, y son aquellos que Armando Petrucci señaló en los albores de los estudios en este campo con el fin de que no se corriera el riesgo de enredarse en las cifras y en los porcentajes de los alfabetizados: por consiguiente siempre debemos recordar la función social “que la escritura en sí misma asume en el ámbito de cada sociedad organizada”. (5) Subrayémoslo en rojo: hasta la Edad Moderna se podía prescindir mayoritariamente de la escritura para desenvolverse en la vida cotidiana, para los compromisos comunitarios y hasta para los aspectos culturales, en gran medida todavía cubiertos por los circuitos de la oralidad. Su valor social, a excepción de algunos ambientes restringidos, era por consiguiente escaso y relativo. Mientras prevaleció el mundo de los sonidos, no se excluyó a las mujeres de los circuitos informativos y comunicativos ni de la producción de textos. Tenerlas por “analfabetas” sin restituirles la vasta gama de instrucción visual, matemática, contable, musical y del canto, es por tanto una operación bastante reductora.

El otro elemento es “la difusión social de la escritura, entendida genéricamente como simple capacidad de escribir incluso en el nivel más bajo, es decir, como porcentaje numérico de los individuos que en cada comunidad están en condiciones de emplear de forma activa los signos del alfabeto”. (6) Petrucci invitó a ampliar la mirada evitando referirse solo a escribientes de profesión, a circuitos librescos, a elites, a mundos que han dejado muchas huellas a su paso, a menudo autonarraciones. Es una historia hartó más fácil de seguir, mientras que las escrituras de la gente común están diseminadas, sin catalogación, con frecuencia halladas por casualidad, con

las que nos tropezamos al hacer otras búsquedas en los archivos. Por ende, todavía disponemos de pocas investigaciones, de datos reducidos y de distinta procedencia, y es necesario agradecer la etapa de los estudios sobre el alfabetismo que nos ha abierto un amplio panorama respecto de Occidente a lo largo de los siglos.

En esta obra he comparado los porcentajes de alfabetismo para ambos géneros en distintos períodos históricos, aun reconociendo los límites de tales indicadores, porque de todos modos ofrecen valiosas claves de lectura que expresan las diferencias en Europa entre el norte y el sur, el este y el oeste, los países protestantes y los católicos, la ciudad y el campo, políticas de los Estados e intervenciones de las Iglesias y, obviamente, entre hombres y mujeres, distintos a su vez por estamento y profesión. La cronología posee su propia pertinencia, aunque el camino no ha sido del todo lineal, sino ondulante y dispar entre los diversos países: ha habido incrementos decisivos en algunos momentos y lugares de la historia y, en especial para las mujeres, la reaparición de hostilidades y resistencias.

Suspiremos aliviados: el alfabetismo en Occidente es una historia con final feliz, aun cuando el mundo contemporáneo parece presentarnos un cuadro regresivo y, en algunas regiones del mundo, de feroz resistencia a la educación femenina.

ALFABETIZACIÓN Y ESCOLARIZACIÓN

Será preciso dedicarle algunas palabras a esta relación. En la actualidad, concebimos la alfabetización como el producto de la escolarización. Para el pasado debemos dejar

de lado esta ecuación, especialmente en lo que concierne a la instrucción básica. Pocos iban a la escuela, la cual en todo caso asumía formas bastante diferenciadas: preceptor doméstico, instrucción del párroco, o de la “maestra de infantes”, aprendizaje en el taller artesanal, lecciones impartidas por el maestro de la comuna o de la aldea, maestro ambulante que se prestaba a enseñar a leer y escribir, instrucción en el monasterio. Podían existir otras muchas variantes y oportunidades y, de todas maneras, el mundo de quien sabía leer y escribir, o dominar solo una de las dos habilidades, era el mismo mundo de quien no tenía ninguna de las dos competencias, y los grupos no eran monolíticos y aislados, sino que se frecuentaban: alguna “iletrada”, como Margherita Datini, a quien encontraremos muy pronto, se casaba con un alfabetizado y, a pesar de que era mucho menos usual, podía suceder lo opuesto. Las amistades, los parentescos, las afiliaciones corporativas y devocionales reunían y amalgamaban a los miembros de los dos conjuntos de personas que tenían un trato distinto con las letras. Por tanto, para ambos sexos tengamos en cuenta la teoría de los vasos comunicantes y el consiguiente intercambio de conocimientos.

Quedaba, pues, otra alternativa, que fue la de muchos y, sobre todo, de muchas: el autoaprendizaje. Se aprendía “sin gramática” –o sin escuela– imitando ejemplos de escrituras, aprendiendo a dibujar las letras desde una tablilla de madera o desde hojas que llevaban las letras del alfabeto y circulaban primero como manuscritos y luego impresas, precisamente a tal fin. Si se había aprendido a dibujar las letras, de ordinario se quería ir más allá, tener ideas propias, leer y alimentar la curiosidad. Por lo demás, que se pudiese construir toda una cosmogonía teniendo a

disposición solo un puñado de textos, lo atestigua la experiencia del molinero Domenico Scandella, apodado Menocchio. (7) No era difícil a la sazón crearse opiniones escuchando discursos, voces e informaciones que circulaban y tener trato con quienes sabían o leían más. Las mujeres – esta es una constante en la historia– siempre han deseado aprender y “robar con los ojos” aquello que podían.

Christine de Pizan contaba, con una metáfora, que había recogido migajas, ramitas y moneditas que la gran cultura de su padre había desparramado alrededor de él. (8)

Fue un camino que exploraron a fondo: ladronas de cultura, hambrientas de libros, aventureras autodidactas, con frecuencia forjaban derroteros originales, transgresores, siempre corriendo el riesgo de invadir territorios y de producir interpretaciones por fuera de los cánones. Presentaban sus escrituras en voz baja, aduciendo el *tópos* de la inadecuación y de la modestia, mas no es necesario tomarlas demasiado al pie de la letra. La mayoría de las veces se trató de una estrategia, si no de una forma retórica, a fin de conseguir que los literatos las aceptasen con mayor benevolencia. Todo ello no impidió que afirmasen la voluntad de expresarse con voz propia y de confrontarse con las letras en el papel o impresas.

ESCRIBIR BIEN, ESCRIBIR MAL

Nos enfrentamos ahora a una cuestión que ya ha aparecido y a cuyos complejos aspectos regresaremos una y otra vez. Los paleógrafos a menudo han considerado que las escrituras de las mujeres son aquello que queda como resultado de una educación incompleta, marcadas por modelos gráficos anticuados, dispuestas de manera

irregular sobre las hojas, garabateadas en el flujo de tinta mal dominado por la pluma y en el dibujo torpe y de letras grandes, con las palabras incorrectamente separadas entre sí. Si luego sucedía que aparecía una grafía experta firmada por una mujer, de inmediato resultaba lícito tener como hipótesis que se trataba de un ejercicio no autónomo, salido de la mano de un escriba, de un secretario o de otro sujeto, con toda seguridad de género masculino. Sin indicios ciertos, con asiduidad se ha sustraído a la escribiente su producto que, aunque dictado, se presume que le pertenecía y era, de todas maneras, expresión de su voluntad. El alfabetismo, si bien pasivo, incluye y no excluye este aspecto.

En el caso de las mujeres, el acto de escribir por lo general se ha inscrito en la dimensión del esfuerzo, de un esfuerzo que suponía no solo la dificultad de trazar letras, sino que se hacía eco de un sufrimiento existencial más vasto. Esta transposición desde un plano de competencias prácticas hacia un plano simbólico puede ser legítima en algunos casos, pero no autoriza a hacer de ella una regla y tiende a ocultar cuanto de gratificante o de audaz contuviese de por sí el acceso a la escritura: además la comparación con los resultados gráficos de los hombres apenas alfabetizados y en el mismo nivel de educación en lo que atañe a la escritura no muestra diferencias significativas, ni entonces se las percibía de ese modo.

¿Qué se hace, pues, con los patrones gráficos que funcionan como referencia de la historia de la escritura? Se los ha tenido presentes por cuanto son indicios del grado de instrucción y transportan una historia de la cual se han imbuido asimismo las escrituras femeninas, si bien divergentes o atrasadas; sin embargo, se ha preferido

insistir en otro camino, aquel que los estudiosos más sensibles de algún modo ya han emprendido: incorporar de pleno derecho las escrituras femeninas, redactadas con mano incierta o más avezada, en la historia *tout court* de la escritura y no arrinconarlas en un mundo aparte, marginal y aislado. En algunos momentos de esta historia, además, “apropiándose de ese instrumento y utilizándolo a su modo, las mujeres inconscientemente hacían que la historia del alfabetismo diese un nuevo paso hacia adelante”. (9) Sus escrituras espontáneas, sus libres expresiones gráficas, en especial en el campo de la correspondencia, “irrumplieron en ese marco, en apariencia ordenado por reglas precisas, gráficas y textuales, con impresionantes novedades que impregnaron [...] el contenido y el lenguaje epistolar”. (10)

Las mujeres contribuyeron pues a una más amplia libertad de escritura y de autoexpresión; también afirmaron, acaso más que otros, “el derecho a escribir en una sociedad en donde escribir era un privilegio”. (11) La historia de la escritura por ende agradece a las mujeres de plumas temblorosas, adalides de la libertad de expresión, y nosotros suscribimos a esta perspectiva.

A todo lo anterior añadimos el aspecto que más se ha querido subrayar: la voluntad de escribir, el deseo de adueñarse de un medio de comunicación y de expresión, espejo de la propia subjetividad. Escribir mal no era entonces tan importante.

LEER VERSUS ESCRIBIR

La alfabetización se fragmentó en un conjunto no previsto de trayectos dictados por las formas de instrucción en la historia, que por lo habitual hasta la contemporaneidad

diferenciaron entre el aprendizaje de la lectura y el de la escritura, si bien, como es fácil de comprender, estas dos prácticas se influyeron una a la otra. Hasta la escolarización masiva, en promedio eran más las personas que podían leer que aquellas que mostraban destreza con la pluma, y este universo de lectores que no escribían, sobre todo hasta mediados del siglo XVIII, se componía en gran parte de mujeres, quienes en ocasiones demostraron que eran más capaces de leer que los hombres de los estamentos populares.

Con todo, la lectura nutre la escritura y las lectoras en esta historia cumplen un papel determinante, no solo porque leer crea confianza con el alfabeto y lleva a tomar la pluma, aunque solo sea para anotar algo en los márgenes de los libros, sino porque las escribientes por deseo, oficio o ambición, esto es, las escritoras, se dirigieron a las mujeres en condiciones de leer, a menudo pensando en historias que colocaban en el centro a las protagonistas femeninas, en tramas que las mujeres habrían acogido con placer. Las escritoras buscaron el apoyo de las lectoras y lo obtuvieron cada vez más, condicionando el mercado editorial desde finales del Antiguo Régimen hasta la actualidad.

Lectoras y escritoras, sobre todo desde la modernidad tardía, se han observado, se han reconocido y han establecido un pacto que ha premiado a unas y a otras.

ESCRITURA Y TIEMPOS DE LA HISTORIA

En los capítulos siguientes se recorre la historia de las mujeres escribientes en Europa desde la Edad Media hasta casi nuestros días, subrayando algunas fases decisivas que han tenido que ver con la historia de la alfabetización y con

la transformación de los medios de comunicación. Sin duda lo que permitió el surgimiento de escrituras femeninas, así como las de hombres comunes, fue la posibilidad de expresarse en la lengua materna gracias al desarrollo de las lenguas vulgares en la Baja Edad Media y a una instrucción de base ya no centrada en el latín. Representan otro punto de inflexión el surgimiento y la expansión de la imprenta de tipos móviles y una mayor difusión y variedad de textos y géneros literarios dirigidos asimismo a un público femenino y compuestos además por mujeres. El nacimiento de los periódicos, de un mercado de la información y la experiencia del periodismo femenino, desde un primer inicio en el siglo XVII, al madurar las posibilidades de una carrera auténtica y retribuida, es un ulterior pasaje que preludia la consolidación de las novelistas, la dirección de los diarios y la entrada cada vez más relevante de autoras en los catálogos de las editoriales. Sin embargo, el giro más crucial para la propagación de los textos y la capacidad de escribir, campo de continuas reivindicaciones y estrategias femeninas con el objeto de conquistar el acceso a la educación, se produjo sin duda con la escolarización de masas de la segunda mitad del siglo XIX, si bien esta venía precedida de varios y constantes pasos hacia adelante y de algunos retrocesos.

Si vamos más allá de la escritura de naturaleza cotidiana, documental y administrativa, se notará además que las mujeres han tomado la pluma particularmente en los momentos de fermento social, cultural y político, y eso desmiente la leyenda de su papel marginal en la historia, mientras que otorga relevancia a la intervención de ellas en cada movimiento de renovación y de reforma religiosa, en tiempos convulsos y cambios de rumbo de la civilización: el

surgimiento de la cultura mercantil y laica, el Renacimiento, la Reforma, las revueltas del siglo XVII, la Ilustración y la Revolución francesa, las “primaveras de los pueblos” del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial. Las mujeres han entrado en disputa por la fe cristiana o por la protestante, han “afilado” la pluma como rebeldes o defensoras del orden social, como republicanas o monárquicas, como activistas en los movimientos de resurgimiento nacionalista y poetas de las barricadas.

Como quiera que sea, ellas han contribuido a la construcción de una opinión pública activa y dinámica. La voz de las mujeres, incluso cuando ha sido superada por las armas, ha intentado tomar partido, ha expresado puntos de vista a través de canales y peculiares formas expresivas: han escrito panfletos, informes, peticiones, súplicas, memorias, novelas históricas, manifiestos y periódicos, escogiendo el medio de comunicación más eficaz y el género literario más en boga en cada época.

La historia aquí tejida insiste expresamente en estos vínculos, enraizando a las mujeres en la cultura y en los estilos comunicativos de su tiempo y subrayando que la escritura es una práctica afincada en la vida social, aun cuando no puede negarse que haya existido la dimensión de la escritura solitaria.

Es por consiguiente una narración cuyos sitios específicos tienen una gran importancia en cuanto espacios de integración y de intercambio –conventos, cortes principescas, escenarios urbanos, academias, salones, círculos, sectas religiosas, talleres artesanales, mercados, fábricas y cafés– y que se expande sobre todo cuando la esfera pública comienza a tomar cuerpo y a ampliarse.

La familia ha sido un contexto influyente y puede haber desempeñado un papel central en el acceso a la alfabetización y a la escritura o, por el contrario, haber cortado las alas a muchas jóvenes según la atmósfera cultural y religiosa que en ella se respiraba. La presencia de soberanas y de protectoras a menudo propició las condiciones para la creatividad femenina. Pero no podemos olvidar que además existía una vida social más subterránea encarnada en las redes epistolares, en las conversaciones a distancia, que ofrecieron a las mujeres el modo de cultivar relaciones, sentimientos, pensamientos, estilos literarios, que superaban obstáculos y rompían barreras de soledad.

Es necesario pues distinguir al menos dos niveles de intervención en las escrituras femeninas no generadas por la cotidianidad: el primero se vincula al horizonte de la contemporaneidad, como ya se ha dicho, por tanto, a los debates y conflictos que caracterizaron particulares momentos históricos, mientras que el segundo ha abarcado cuestiones que no podemos incluir en las clásicas divisiones de la historia. En efecto, las mujeres desde el comienzo apuntaron sus plumas contra los prejuicios, las mentalidades y las ideas que se enfocaron en ellas y que atravesaron los siglos, con tonos más o menos agresivos a tenor del estado de confrontación en cada momento determinado. Ha existido por ende una historia de larga data que pertenece peculiarmente a las mujeres y en la cual justamente su escritura, o la posibilidad de expresión y de creatividad, se hallaba en el centro de un conflicto, colocada en el banquillo de los acusados por un vasto bloque de acusadores, moralistas, padres de la Iglesia e intelectuales: ¿por qué y sobre qué temas las mujeres jamás podían llegar a escribir?

La escritura femenina siempre ha sido asimilada al descubrimiento del cuerpo y, por consecuencia, a la respetabilidad y al código del honor. Para una mujer, escribir y, entiéndase bien, no exclusivamente en la Edad Media, sino quizá más aún en el siglo XIX y en el inicio del siguiente, equivalía a vérselas con esa “bendita” consigna del silencio que desde san Pablo en adelante se vino exigiendo con una frecuencia más que sospechosa. Y si ya la palabra de una mujer podía suscitar escándalo, en especial en el campo político, profético o místico, y rayar en la herejía, cuando se traducía en un cuerpo de letras redactadas en pergamino o papel, en forma manuscrita o impresa, cuando invadía por tanto el campo de la autoría contiguo a la autoridad, las cosas podían ponerse difíciles para las audaces escritoras.

Cabría decir que las mujeres han escrito siempre con el fin de rebatir la maledicencia y hostilidad de los hombres, mas no se haría justicia a su creatividad, que desde luego no se limita a ese propósito. Así y todo, más de una mujer ha combatido en igualdad de condiciones en la *querelle des femmes*, asumiendo el desafío y respondiendo a los ataques, cambiando de perspectiva con frecuencia, mientras que otras han elegido estrategias comunicativas más subterráneas y menos riesgosas, entre las cuales se cuentan el anonimato y la adopción de un seudónimo masculino. Este segundo plano de intervención ha configurado un tema de fondo, como un sonido grave continuo, ligado al diálogo, a la confrontación y al enfrentamiento entre hombres y mujeres sobre el poder, el dinero, la autonomía de vida, de trabajo y de carrera. En pocas palabras, en torno a la eterna interrogación sobre la diferencia de género. Este tema de fondo ha configurado

por lo demás una de las grandes narraciones de la historia de la humanidad y la escritura ha sido uno de sus ámbitos privilegiados de expresión.

Con el paso del tiempo se ha desarrollado una escritura profeminista, una voz más consciente de la libertad, los derechos y los deseos, que se ha vuelto una referencia para otras mujeres y que ha trazado una historia en la historia.

LAS REGLAS DE LA MEMORIA Y LAS DEL OLVIDO

La historia de la escritura femenina se enfrenta a potentes mecanismos de eliminación y de cancelación, máxime en lo atinente a la ambición literaria de las mujeres. Muchas de las escritoras que se encontrarán en las páginas siguientes eran conocidas en su época, tenían un público, y sus lectores o lectoras, pocos o muchos conforme a los acontecimientos de la historia del libro, del mercado editorial y de los gustos en boga; más de una logró ganar notoriedad, otras obtuvieron dinero además de fama. Pese a ello, fueron olvidadas. Y no se trató de una fatalidad, sino de una partida con dados amañados. Si no se las citaba, recordadas en las biografías de literatos, si no se las incluía en repertorios y no se las traducía, su presencia palidecía hasta desaparecer. No siempre fue así. En los siglos XV y XVI las obras de las mujeres se incluían en los circuitos literarios y gran parte de su legado pudo transmitirse; posteriormente, las reglas literarias fueron cambiando y los códigos sociales más restrictivos fraguaron el silencio.

Esta es una historia que por tanto tiene que ver con la transmisión de la memoria y con quienes la han manejado.

En el curso de mi investigación, semejante más a una caza o, mejor, al desbrozamiento de una selva densa donde las plumas femeninas se habían quedado atrapadas, la riqueza y la variedad de los textos de autoras, en su mayoría desconocidas, no ha dejado de sorprenderme.

En determinado momento y cada vez con mayor frecuencia fueron, no obstante, las propias mujeres quienes miraron hacia atrás, siguieron los pasos de las escritoras que las precedieron y se encargaron de custodiar el recuerdo de ellas: la construcción de una genealogía femenina ha sido un poderoso instrumento de restitución y ha hecho que fluya la savia vital. Sin embargo, todavía hoy las autoras no ocupan espacios de relevancia en las historias literarias y, si se las incluye en ellas, quedan de algún modo flotando a la deriva.

Alguien podrá observar que han sobrevivido más escrituras masculinas, incluso en lo concerniente a documentos, y esto es innegable. Los puestos en registros y archivos oficiales eran ocupados por hombres, los notarios eran hombres, los magistrados eran hombres... La cantidad de escritos institucionales, desde luego masculinos, parece abrumadora. El objetivo de la historia aquí propuesta no es, empero, el de andar detrás de los números ni aspirar a igualarlos, sino ofrecer claves interpretativas y conocimientos más amplios. Además, una etapa de investigaciones alimentada por los estudios de género y de historia de las mujeres en fuentes menos exploradas, más pródigas en testimonios prácticos y usos cotidianos, domésticos y familiares ha permitido que afloren muchos papeles escritos por mujeres como testamentos, libros de asientos contables, y en especial una extraordinaria cantidad de cartas. Se trata pues de una historia en devenir

que induce a creer que muchas escrituras de naturaleza variada aún permanecen invisibles en los archivos y eso nos debe alejar de la tentación de hacer un balance cuantitativo, aunque sea provisorio.

LA APROXIMACIÓN A LOS TEXTOS

Podría preguntarse de qué manera se ha evaluado la calidad de la dilatada producción femenina, de la cual, por otra parte, se presentará solo una muestra reducida, sin intentar la realización de una antología. La cuestión no se plantea, como es obvio, respecto de la escritura usual –la empleada para hacer la contabilidad, registrar entradas, enviar cartas y redactar testamentos, peticiones, súplicas, que de todos modos tiene una relación precisa con la capacidad de generar literatura (me he referido, en efecto, a imaginarios vasos comunicantes)– y a la cual se ha reservado un espacio significativo. Conciérne en cambio a esos textos que nacieron con una pretensión literaria y que no se guardaban a toda prisa en un armario, sino que revelaban o expresaban el deseo de llegar a un público. ¿Con qué criterio me he acercado a la vasta producción literaria en que me he sumergido, que he investigado, examinado, explorado, a menudo en lenguas extranjeras y que por tanto me ha aconsejado que proceda con cautela?

Virginia Woolf, en su breve, inteligente y estimulante historia de la escritura literaria de las mujeres, explicó que ante la obra de una escritora su enfoque era el siguiente: “voy a atrapar primero el ritmo de sus frases” y declaró de forma más explícita que encaraba la tarea de constatar si en su mano tenía “una pluma o una piqueta”. (12) Su mirada crítica y exigente, de literata, la llevó a afirmar, no

sin razones, que la escritura femenina en ocasiones ha transmitido “palabras volcadas en el papel que se secaban entre borrones y manchas”. (13) Confieso que no he tomado la senda de Virginia Woolf. La “calidad” no ha sido mi horizonte, la cual pertenece a otras disciplinas, sino más precisamente la perspectiva histórica: he buscado nexos con la realidad, relaciones y contextos, brindando claves de lectura; he investigado los entresijos de la escritura, lo que permite tomar la pluma y hacer que surja el deseo, ya bastante audaz en las mujeres. Me concentré en el acceso al alfabeto, en la posibilidad de contar con papel y otras cosas materiales, que también Woolf nos enseñó a tener en cuenta.

Reemplacé el *cómo escribían*, si en la mano tenían la pluma o la piqueta, por el *por qué escribían*, *por qué caminos* llegaban a la escritura y *qué escribían*, qué géneros preferían y qué cosas querían contar, describir, narrar.

El volumen concluye en efecto con la alfabetización conquistada y con el impulso a la escritura de todos y todas a consecuencia de los traumas de la emigración y de la Primera Guerra Mundial. La historia literaria de las mujeres, al contrario, no tiene fin ni se restringe a una presunta caracterización “en femenino”, por lo demás ya rechazada, sino que la glosa final se dedica a este particular.

1. Para la memoria autobiográfica de Amabile Broz, cfr. capítulo 5.

2. Attilio Bartoli Langeli, “La scrittura come luogo delle differenze”, en Marina Caffiero y Manola I. Venzo (eds.), *Scritture di donne. La memoria restituita*, Roma, Viella, 2007, pp. 51-57.

3. Esta sería una traducción aproximada del término en inglés. De aquí en más, cuando aparezca será traducido simplemente como ‘capacidad’, pero queda hecha la aclaración. (N. del E.)

4. Antonio Gibelli, "C'era una volta la storia dal basso...", en Quinto Antonelli y Anna Iuso (eds.), *Vite di carta*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2000, p. 166.
5. Armando Petrucci, "Per la storia dell'alfabetismo e della cultura scritta. Metodi -Materiali - Quesiti", en *Quaderni Storici*, 38, XIII, 1978, "Alfabetismo e cultura scritta", al cuidado de Attilio Bartoli Langeli, Armando Petrucci, p. 451 [ed. esp.: "Para la historia del alfabetismo y de la cultura escrita: métodos, materiales y problemas", *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 25-39].
6. *Ibid.*
7. Vivencia narrada por Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi*, Turín, Einaudi, 1976 [ed. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1999].
8. Christine de Pizan, *Le livre de la mutacion de fortune*, al cuidado de Suzanne Solente, París, A. & J. Picard, 1959, 1, vv. 453-456: "Des racleures et des paillettes / Des petis deniers, des maillettes / Choites de la tres grant richesce, / Dont il avoit a grant largece".
9. Luisa Miglio, *Governare l'alfabeto. Donne, scrittura e libri nel Medioevo*, Roma, Viella, 2008, pp. 51-52.
10. Armando Petrucci, *Scrivere lettere. Una storia plurimillenaria*, Laterza, Roma-Bari, 2008, p. 102 [ed. esp.: *Escribir cartas. Una historia milenaria*, Buenos Aires, Ampersand, 2018, p. 116].
11. Bartoli Langeli, "La scrittura come luogo delle differenze", *op. cit.*, p. 168.
12. Virginia Woolf, *Una stanza tutta per sé*, Milán, il Saggiatore, 1963, p. 90 (ed. or. *A Room of One's Own*, 1929) [ed. esp.: *Un cuarto propio*, trad. Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2004, p. 88].
13. *Ead.*, *Le donne e la scrittura*, Milán, La Tartaruga, 1981, p. 46 (ed. or. *Women and Writing*, 1979) [ed. esp.: *Las mujeres y la literatura*, trad. de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 1981].

AGRADECIMIENTOS

Para este libro resultó indispensable el cotejo de variadas fuentes y una extensa bibliografía en varias lenguas. Además, pronto se volvió evidente la necesidad y el provecho de ampliar la mirada hacia un panorama europeo que no es homogéneo y que justamente por este motivo ofrece indicios de sumo interés. Aunque fue inevitable omitir algunas autoras y contextos, creo, sin embargo, que las claves de lectura propuestas pueden brindar marcos que representan y consideran también aquello que falta.

Aparte de la bibliografía y de la gran cantidad de estudiosas y estudiosos con quienes entablé un fructífero diálogo, si bien a distancia, otras reflexiones me sirvieron de guía y son parte de mi formación histórica: en cuanto a la perspectiva, la sensibilidad y la mirada acerca de las escrituras comunes, soy deudora de la escuela de Armando Petrucci y de Attilio Bartoli Langeli, así como de los muchos que se han ocupado del alfabetismo. Con Virginia Woolf y Ellen Moers (14) mantuve, en cambio, una continua y estimulante “conversación”.

Asimismo, pude contar con el gran tesoro de la amistad de estudiosos y estudiosas. Por tanto debo agradecer de corazón la disposición de quienes leyeron y comentaron las primeras redacciones, brindándome así la oportunidad de rever y repensar: Mario Infelise, con quien el intercambio y el cotejo son hábitos cotidianos desde hace varios años; Marina D’Amelia, constante referencia para los estudios sobre las escrituras femeninas; Alessandro Arcangeli, refinado estudioso a quien estoy ligada por intereses de